

José Domínguez  
Ávila

*El discurso humanista  
de Pablo de la Torriente  
Brau. Continuidad y  
ruptura con respecto al  
discurso martiano*

**D**iscurrir en estos inicios del siglo XXI sobre Pablo de la Torriente Brau y su relación con su maestro y maestro de muchos cubanos es, a mi modo de ver, asistir a una muy digna lucha a favor de la paz, y por ende, contra la guerra. En lo limitado de las líneas que siguen trato de ilustrar y apuntar ideas que justifiquen esta dirección de pensamiento.

Antes de razonar directamente sobre el intelectual cubano, digamos que la categoría discurso, de Bajtín a la fecha, ha pasado por muy diferentes concepciones. Sin espacio para la teorización metodológica, sólo se puede argumentar que se toma en este cuerpo de reflexiones como categoría metodológica en el análisis textual, de tal manera que el discurso implica el proceso de enunciación del pensamiento y afectividad que tiene su singularización en el texto. Es en este sentido amplio en el que se toma. Forma parte de la teoría de la comunicación. A la vez, conviene especificar también que no se toma discurso en un sentido estrecho como manifestación individual, aunque, por supuesto, todo individuo es poseedor de un discurso que, a su vez, al ser exponente del sujeto, es portador de las formas de pensar y sentir del sujeto social.

El discurso de Pablo de la Torriente Brau (1901-1936) fue producto y parte de la modernidad dependiente latinoamericana. Aunque controvertible ha sido el criterio de la modernidad en América Latina, atendiendo a su dependencia económica, sin lugar a duda, en sus particularidades históricas las expresiones culturales de la modernidad han hecho presencia. Si en su rela-

ción con Europa se concibe la modernidad latinoamericana, la conquista impone la modernidad a este continente: una modernidad que tuvo como base el capital, que, en palabras de Marx, «viene al mundo chorreando sangre y lodo por todos los poros, desde los pies a la cabeza».<sup>1</sup> Un segundo nacimiento ha tenido la modernidad latinoamericana con las guerras de independencia en su significado emancipatorio a pesar de que todo este proceso se ha visto frustrado o frenado por la injerencia norteamericana, desde finales del siglo XIX.

En el proceso de la modernidad el humanismo fue tomando nuevas connotaciones desde sus antecedentes en el Renacimiento. Reflexionar sobre el humanismo es disponerse a enfrentar todo un gran problema, que se ha manifestado en esferas diferentes de la cultura. Resolver algo que pertenece al desarrollo histórico de la cultura y que seguirá tomando nuevas particularidades en las sociedades futuras, es imposible, mas es preciso tomar partido al respecto.

Una concepción marxista sobre el hombre entraña reconocer el carácter activo de este en relación con las circunstancias a las que pertenece y refleja; o sea, es estar poseído de la firme convicción de que “las circunstancias se hacen cambiar por los hombres y que el propio educador necesita ser educado”.<sup>2</sup> Por supuesto, el proceder de los hombres en las diferentes circunstancias históricas estará en relación de dependencia relativa con una amalgama de factores objetivos y subjetivos que, en última instancia, tienen como base el factor económico. La condición del hombre como ser social, dotado de la conciencia que lo diferencia de los animales hace de él un ser consciente, de ahí que la vida social pueda ser esencialmente práctica, o sea, el hombre como ser social consciente ejerce un influjo transformador sobre las circunstancias y sobre sí mismo. El hombre, a la vez que crea y transforma, se crea y se transforma a sí mismo. Esta concepción de la autotransformación humana no sólo aparece en los textos de Marx propiamente filosóficos de su juventud, sino también en su obra económica *El Capital*. Al ocuparse en la misma del concepto de trabajo Marx enfatiza en la transformación de la naturaleza por el hombre a la vez que el hom-

<sup>1</sup> Carlos Marx: *El Capital*, v. 1, p. 637, Ediciones Venceremos, La Habana.

<sup>2</sup> \_\_\_\_\_: “Tesis sobre Feuerbach”, en Carlos Marx y Federico Engels: *Obras Escogidas*, t. II, pp. 397-398, Editorial Progreso, Moscú, 1965.

bre se autotransforma.<sup>3</sup> El humanismo, por tanto, como expresión de la práctica, o lo que es lo mismo, como atributo del ser consciente, abarca las múltiples y complejas esferas de la actividad humana, desde el trabajo en lo económico hasta la creación intelectual ya sea artística o científica, y desde luego, comprendida también la práctica social y política. Al ser el humanismo expresión de la práctica en su carácter creador y transformador, le es inherente la naturaleza totalizadora e integradora del hombre.

Opuesto al concepto de humanismo está el de enajenación. Es archisabido la relevancia que le otorga Marx al mismo en sus *Manuscritos económicos y filosóficos de 1844*. En esta obra Marx analiza el trabajo en las condiciones de la producción capitalista. De ahí que enjuicie la realización del trabajo (su objetivación) como “una **pérdida de la realidad** para los trabajadores; la objetivación como la **pérdida del objeto y servidumbre del objeto**; la apropiación como **enajenación**, como **alienación**”. En la alienación del trabajo, siguiendo el criterio de los *Manuscritos*, el trabajo, exterior al obrero, no pertenece al ser esencial de este último. Mediante el trabajo el obrero no se confirma a sí mismo, sino que se niega; su labor resulta coercitiva, forzada, su trabajo resulta trabajo de autosacrificio a la vez que no le pertenece y es una actividad no espontánea. En fin, en todo esto se produce una pérdida del yo del obrero.

Ese sentido de pérdida es consustancial a toda forma de enajenación, que no se reduce sólo a la esfera económica, sino que se manifiesta también en las esferas social, política, jurídica, filosófica o artística. La alienación a nivel de una u otra esfera está relacionada siempre con todo poder supuesto a fuerzas aparentemente incontroladas por el hombre. Implica temores, indecisiones, incapacidad, impotencia. Para Serrano Caldera “la enajenación es la pérdida de identidad del hombre con el trabajo, el mundo y los demás seres”.<sup>4</sup> Pablo de la Torriente fue el intelectual humanista que supo obrar contra la enajenación.

Como es conocido por muchos, Pablo de la Torriente Brau fue parte de la generación de intelectuales cubanos cuya obra

<sup>3</sup> \_\_\_\_\_: *El Capital*, tomo primero, p. 139, Ediciones Venceremos, La Habana, 1965.

<sup>4</sup> Alejandro Serrano Caldera: *Dialéctica y enajenación. Ensayos sobre el pensamiento moderno*, p. 66, Editorial Universitaria Centroamericana, Costa Rica, 1979.

emergió y comenzó a proporcionar sus frutos en los años veintes y treintas del siglo xx; o sea, su obra intelectual fundamentalmente a partir de 1930 hasta 1936 – fecha de su muerte en España – se produce dentro del contexto latinoamericano, en el momento cúspide de la modernidad, entendida esta como el proceso cultural que, dentro del capitalismo, va engendrándose a partir del Renacimiento, generadora de un proyecto emancipatorio que contiene una crítica racionalista al régimen feudal y a sus remanentes y consecuencias.<sup>5</sup> La crítica de la modernidad, desde sus gérmenes, fue portadora de ideales de justicia, igualdad y libertad. Esto último, bien sabido es que adquirió notoriedad con la ilustración en el siglo xviii. Siendo consecuentes con la verdad relativa, consignemos cómo dentro de la modernidad el irracionalismo cobra gran importancia en determinados momentos, ya sea en la filosofía de Nietzsche, Schopenhauer u otros; ya sea en expresiones artísticas de la vanguardia como el dadaísmo y el surrealismo.

En el contexto social al que perteneció Pablo, siguiendo juicios de Gramsci, “el modo de ser del nuevo intelectual, ya no puede consistir en la elocuencia motora exterior y momentánea, de los aspectos y de las pasiones, sino que el intelectual aparece insertado activamente en la vida práctica, como constructor organizador, «persuasivo permanentemente» no como simple orador y, sin embargo, superior al espíritu matemático abstracto, a partir de la técnica-trabajo, llega a la técnica-ciencia y a la concepción humanista histórica, sin la cual se es «especialista» y no se llega a ser «dirigente» (especialista+político)”.<sup>6</sup> Eso llegó a ser Pablo, el constructor organizador.

Pero, ¿cómo pudo llegar Pablo a la concepción humanista y a ser especialista + político, dicho en los términos del discurso gramsciano? Tengamos en cuenta lo que sigue. Nació en Puerto Rico, nieto del intelectual liberal Salvador Brau. El padre, de origen español, llegó a ser el propietario de una escuela en Santiago de Cuba, donde estudió Pablo. Ya en 1919 la familia se

<sup>5</sup>Sobre modernidad puede consultarse el conocido libro de Marshall Berman: *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*, Siglo Veintiuno Editores, México, 1989. También el libro de Adolfo Columbres: *La emergencia civilizatoria de Nuestra América*, Centro de Investigación y desarrollo de la Cultura Cubana “Juan Marinello”, La Habana, 2001.

<sup>6</sup>Antonio Gramsci: *Los intelectuales y la organización de la cultura*, p. 15, Editorial Lautaro, Argentina, 1980.

encontraba en La Habana. En 1921 se produjeron hechos importantes en su vida. Comenzó a trabajar como mecanógrafo en el bufete de Fernando Ortiz. Escribió algunos cuentos en los años veintes, y en 1930 publica un libro de cuentos compartido autoralmente con su amigo el joven médico Gonzalo Mazas Garbayo: *Batey*. Participó en la manifestación de 1930 en Cuba contra la dictadura de Machado. A partir de aquí se desarrolló su vida política.

Aunque se produce en Pablo de la Torriente un proceso de maduración e incorporación a la lucha revolucionaria política relativamente rápido, ello no sucede de forma milagrosa. Su explicación está en su formación familiar, en sus lecturas, en la incorporación al bufete de Fernando Ortiz, en el contexto nacional y latinoamericano en que vivió, en la generación y sector social a que perteneció. Cita el propio Pablo una frase del abuelo materno, Salvador Brau, que dice de la dimensión ética de aquel puertorriqueño: "A los hijos se les debe dar antes que pan vergüenza".<sup>7</sup> Según confesó en el mismo prólogo, reafirmado por una de sus hermanas, aprendió a leer en *La Edad de Oro* de José Martí. Conoció *El Quijote*, novela humanista universal, por medio de un discurso que, entre sus recursos fundamentales, maneja de forma creadora lo cómico en función crítica con respecto a su contexto sociocultural. Con Gabriel Barceló tradujo *El materialismo histórico* de Bujarin. Leyó además a Plejanov así como al marxista peruano Mariátegui, con quien, en su pensamiento, se aprecian coincidencias. Si no fue el intelectual de un pensamiento teórico sistémico, tampoco careció de una reflexión profunda sobre diferentes problemas políticos, sociales, éticos y estéticos.

Juan Marinello, hombre de su misma generación, que estuvo con él en la cárcel de Isla de Pinos ofrece en su insuperable «Prólogo» a *Peleando con los milicianos* una imagen integral y a la vez sintética de su compañero de luchas políticas. Lo llamó Marinello "un integradísimo caso de humanidad".<sup>8</sup>

<sup>7</sup> Pablo de la Torriente. "No. 2 Pablo de la Torriente", en *Cuentos Completos*, p. 41, Centro Cultural Pablo de la Torriente Brau, La Habana, 1998. (Este es su prólogo al libro de cuentos *Batey*, compartido con su amigo Gonzalo Mazas Garbayo).

<sup>8</sup> Juan Marinello: "Pablo de la Torriente, héroe de Cuba y de España", en Pablo de la Torriente Brau: *Peleando con los milicianos*, p. 11, Ediciones Nuevo Mundo, La Habana, 1982.

Tener conocimiento de lo expuesto por Marinello es condición indispensable para comprender el discurso de aquel en quien la comicidad daba la impresión del simple juego o falta de profundidad. En palabras de Marinello: “como ciertas frutas había madurado hacia dentro, pero la corteza se le mantenía lustrosa y sedienta. Muchos no pasaron de la corteza”. Esa relación entre lo externo de la personalidad de Pablo de la Torriente y lo interno de su pensamiento y sentimientos se expresa en su discurso.

Acción y pensamiento en Pablo de la Torriente son inseparables. Puede situarse como modelo de lo que Gramsci define como fusión de práctica y labor intelectual:

No hay actividad humana de la que se pueda excluir toda intervención intelectual, no se puede separar el **hombre faber** del **hombre sapiens**. Cada hombre, considerado fuera de su profesión despliega una cierta actividad intelectual, o sea es un «filósofo», un artista, un hombre de buen gusto, participa en una concepción del mundo, tiene una línea de conducta moral, y por eso contribuye a sostener o a modificar una concepción del mundo y a suscitar nuevos modos de pensar.<sup>9</sup>

Ese fue el quehacer de Pablo. Por ello, al ser derrotado el régimen de Machado, regresa a Cuba. En 1935 marcha al exilio en Estados Unidos. Allí funda con Raúl Roa, Gustavo Aldereguía y otros, la Organización Revolucionaria Cubana Antimperialista (ORCA). En 1936 marcha como corresponsal de guerra a España donde combaten los republicanos contra los falangistas.

Junto a la práctica revolucionaria política, y como componente de ella en una creadora integración de diversas facetas, escribe artículos para publicaciones periódicas nacionales y extranjeras. En Cuba, escribe para *Alma Mater*, *Línea* (órgano del Ala Izquierda Estudiantil), *Ahora*, *El Nuevo Mundo*, *El Veterano*, *El País*, *El Mundo* y *Bohemia*. En Estados Unidos escribe en *Frente Único* (periódico de ORCA) y, en México, para *El Machete* (periódico de los comunistas mexicanos). También publicó en la revista norteamericana *New Masses*.

Nacen así, o de manera independiente a sus artículos, los libros que hoy conocemos junto a su epistolario: *Batey* (1930), *105 días preso* (1931), *La Isla de los 500 asesinatos* (1934), *Presidio Modelo* (1934), *Realengo 18* (1934), *Cartas y reportajes de España*

<sup>9</sup> Antonio Gramsci: Op. cit., p. 16.

(1936). Este último es un conjunto de cartas y reportajes o crónicas que fueron publicados primeramente con el título *Pelean-do con los Milicianos*. Quedó inconclusa al marchar a España su novela *Aventuras del soldado desconocido cubano*. Un componente esencial de su discurso, que lo diferencia del discurso martiano, es el choteo. Esta arista de la comicidad que fuera caracterizadora de la cultura popular cubana de las décadas que referimos consistió, en esencia, en la burla a lo representativo de la neocolonia. Para algunos intelectuales de derecha, como Jorge Mañach, quien escribiera un ensayo sobre el choteo, es cosa familiar, menuda, festiva. Mañach le resta su significación social e ideológica. Para él: “El choteador, que todo lo echa a broma, que a nada le concede, al parecer, importancia, es una suerte de profesional de esa actitud, y ya veremos que tampoco a él le importa mucho que los objetos o situaciones de que se mofan sean en verdad risibles. El choteo es, pues, una actitud erigida en hábito, y esta habitualidad es su característica más importante”.<sup>10</sup>

Con plena razón, José Antonio Portuondo, al referirse a Pablo de la Torriente, afirma: “Oscilamos entre el sarcasmo que hiere, la sátira y el choteo que desinfla globos. Yo creo que el choteo es un elemento muy importante de nuestra psicología, creo que debemos reivindicarlo, inclusive, como arma de reforma o de educación social”.<sup>11</sup> Al ocuparnos, sobre todo, de *Aventuras del soldado desconocido cubano* tendremos oportunidad de advertir cómo el choteo, lejos de ser expresión nihilista o escéptica, es uno de los medios del discurso humanista. Por último, a manera de sintetizar la posición que se asume en este texto, conceptual y metodológicamente con respecto a lo cómico, es válido reproducir un juicio de Mijail Bajtin en uno de sus libros que constituye una de las obras más valiosas escritas sobre la cultura popular: “le rire a une profonde valeur de conception du monde, c’est une des formes capitales par les quelles s’exprime la vérité sur le monde dans son ensemble”.<sup>12</sup>

<sup>10</sup> Jorge Mañach: *Indagación del choteo*, p. 18, Editorial del Libro Cubano, La Habana, 1955.

<sup>11</sup> José Antonio Portuondo. «Pablo de la Torriente: Comisario político», en su *Capítulos de Literatura Cubana*, p. 515, Letras Cubanas, La Habana, 1981.

<sup>12</sup> Mikhail Mikhailovich Bakhtin: *L’Oeuvre de Francois Rabelais et la Culture populaire au moyen Age et sous le Renaissance*, p. 75, Gallimard, Paris, 1973, [La

El juicio de Bajtin sobre la naturaleza cosmovisiva de la comicidad se aviene con el discurso de Pablo de la Torriente. La comicidad del discurso de Pablo lo diferencia del discurso martiano, aunque no todo fue comicidad en el discurso del primero. Si dramatismo y tragicidad se encuentran de manera desgarradora en el testimonio martiano *El presidio político en Cuba*, lo mismo puede afirmarse del testimonio de Pablo en *Presidio Modelo*.

El fragmento siguiente, donde Martí recoge la imagen de un niño de doce años que él conociera en su etapa del presidio encierra un profundo humanismo que integra lo sentimental y lo ideológico:

“-¡Ay! —decía, cuando fijaba al fin los dos pies— ¡Ay, taitica de mi vida! —y rompía a llorar”.

“Cuando salí de aquel cementerio de sombras vivas, Lino estaba aún allí. Cuando me enviaron a estas tierras, Lino estaba allí aún. Después la losa del inmenso cadáver se ha cerrado para mí. Pero Lino vive en mi recuerdo, y me estrecha la mano, y me abraza cariñosamente, y vuela a mi alrededor y su imagen no se aparta un instante de mi memoria”.<sup>13</sup>

En el testimonio *Presidio Modelo* Pablo nos enuncia uno de los relatos más sobrecogedores, que por sí solo muestra todo el horror del presidio: “El Grito”. Constituye una imagen de la crueldad, de lo inhumano irracionalista, que —a nivel de la literatura—, pudiera compararse con las escenas de *La Divina Comedia* de Dante y el antes mencionado testimonio de Martí en su primera parte, “El Infierno”. A nivel de la realidad, con las masacres de los fascistas en la segunda guerra mundial. Es el grito del hijo que en el presidio es condenado a morir de sed en un calabozo:

“¡El padre oía el grito!...  
¡500 hombres de la circular también lo oían!... ¡Y todos tenían agua para darle al sediento y no se la podían dar!...  
-Papá, que me muero de sed!...”

---

risa tiene un profundo valor en la concepción del mundo, es una de las formas capitales mediante la cual se expresa la verdad sobre el mundo en su conjunto].

<sup>13</sup> José Martí: «El presidio político en Cuba» en sus *Obras Completas*, pp. 67-68, Editora Nacional de Cuba, La Habana, 1963.

¡El pobre también tenía agua que darle!...¡Con sólo las lágrimas que le brotaban de los ojos le habrían calmado la sed al hijo!...” (p. 500)

Con sólo esta imagen del relato se puede comprender que dentro de un discurso la emoción y el sentimiento son portadores también de una carga ideológica poderosísima y eficaz. Esa dimensión de lo emotivo y de lo sentimental fue captada por Pablo de la Torriente en su apego a las onomatopeyas. Reflexionó sobre «el grito» en su condición humana. En este relato el «grito» es una vía de un discurso que condena rotundamente el irracionalismo de la cárcel machadista de la neocolonia. El profundo humanismo del discurso martiano y el de su discípulo y continuador no necesita más comentario.

También en sus cuentos, de una u otra forma, Pablo es el heredero del humanismo martiano. En el cuento “Caballo Dos Dama”, perteneciente al libro *Batey*, aparece la imagen de Martí en el contexto cubano, como modelo patriótico para el personaje protagónico del cuento:

“Ya, desgraciadamente, están un poco lejanos los días en que, montando al pelo sobre Tomeguín, oteaba desde lo alto de las lomas los caminos que rodeaban a mi pueblo. A mi pueblo, allá en un rincón de Oriente, cerca del cual se hizo sentir más de una vez el machete tremendo del tremendo Guillermón Moncada; cerca de donde murió, como un soberbio león viejo que no quiere dejar su guarida, José Maceo, el indomable hermano; cerca también de uno de los campamentos en donde, rodeado de mambises hambrientos y dichosos de tenerlos con ellos, echó a ondear al aire, igual que una bandera, su palabra maravillosa José Martí el que cayó poco después en Dos Ríos penetrado tan perfectamente por una bala en mitad de la infinita frente pensativa, que pareció que de veras había muerto fulminado por un rayo del Sol frente al que había pedido morir el más sublime de los americanos... Cerca de tanto recuerdo glorioso nací, que ya no me da pena confesar que mi pueblo está muy lejos de la más próxima estación del tren, para llegar hasta la cual, y si no llueve mucho, usted tiene que arrear al caballo si quiere estar allá antes de que se acabe el día”.<sup>14</sup>

<sup>14</sup> Pablo de la Torriente Brau: «Batey», en sus *Cuentos Completos*, p. 72, Centro Cultural Pablo de la Torriente Brau, La Habana, 1998.

En otro de sus cuentos «El sermón de la montaña», contenido en la edición citada, en un diálogo entre los dos personajes principales, –dos comunistas cubanos–, uno de ellos, Pedro, un hombre maduro, enérgico y arriesgado, enuncia el discurso siguiente al cuestionarse los dos, un jueves santo, el sermón del arzobispo en la iglesia:

“¡No, qué va!.. ¿Cómo vamos a entrar, camarada?... Una cosa es hablar, pero otra es hacer. Estará bien eso en los libros, pero la verdad, yo no sé... Me parece que hasta nos pueden llevar hasta la Comisión de Control.. Yo siempre he oído decir que la Iglesia es uno de los pilares de la burguesía... Acuérdate que Marx dijo que era «el opio del pueblo»... ¿Cómo vamos a entrar, camarada?...” (p. 273)

La respuesta de Pedro es el empleo de la dialéctica, concebida no como «un trapo de menstruación» según la idea de Pablo ya referida en este texto:

“-Mira, muchacho, no me violentes. Todas esas son pendejadas, puras pendejadas... Pensando así no se va a ninguna parte. Una cosa es hablar y otra hacer. Nosotros estamos para hacer lo que hablamos. Y si no, el mundo queda parado. Eso es todo. Si Lenin no hace lo que piensa, todavía estaría el zar fueyteando mujiks... esa que tú dices sí es una máxima burguesa, puramente burguesa: ‘Una cosa es hablar y otra hacer’... ¡Claro, como que es lo que les conviene a ellos!... Por eso es que te dejan publicar tanto libro rojo; porque se encargan de regar antes ‘que una cosa es hablar y otra hacer’... Pero conmigo no va eso. Ya yo he aprendido mi poco de dialéctica y tengo la espalda muy llena de planazos de la Guardia Rural por hacer lo que pienso. Y mira, ¡qué cojones!, ni una palabra más. Si tú no entras, yo entro. La Comisión de Control no me va a castigar sin oírme y sin comprender razones. Además, sólo vamos a entrar aquí para aprender cómo engañan al pueblo estos cabrones, para denunciarlos mejor, entonces...” (pp. 273-274)

Pedro está configurado como un hombre maduro, experimentado en su práctica política revolucionaria. “Ha aprendido su poco de dialéctica”. Para él, como para Pablo, no hay divorcio entre hacer y decir. En su discurso hace referencia a Lenin, pero

la fuente de su pensamiento no es sólo Lenin. En más de un texto martiano puede encontrarse la idea de la correspondencia entre palabra, pensamiento y acción. Tratando sobre la *Revista Venezolana* expresó: "Hacer, es la mejor manera de decir" (t. VII, p. 197). Idea semejante, muy en consonancia con la actitud y pensamiento de Pedro, es este otro enunciado martiano: "En toda palabra ha de ir envuelto un acto. La palabra es una coqueta abominable cuando no se pone al servicio del honor y del amor" (t. 5, p. 108). Conociera o no Pablo estas ideas martianas, lo importante está en que asume como humanista que fue la actitud racional y dialéctica en la relación pensamiento-lenguaje-acción. En esto se ha venido insistiendo a lo largo de este texto. Anotemos, además, que este carácter consecuente entre teoría y práctica que forma parte de la dialéctica marxista es también de cepas muy martianas. El proceder de Pedro no es el resultante de la aplicación de ideas dogmáticas. Es el proceder honesto y valiente a tono con las exigencias de la lucha de clases en su momento.

Pero ni el héroe nacional de Cuba ni este continuador de su ejemplo revolucionario y de su pensamiento, fueron ajenos al sentimiento de la tristeza o del dolor. Lejos de ausencia de humanismo, fue ese sentimiento una muestra más del humanismo de cada uno de acuerdo con sus circunstancias históricas y personalidad. Se ha calificado a Martí como un agonista. Pero si de agonismo hay que calificar su profundo sentimiento de dolor ante la dependencia política de su patria, también requiere diferenciarlo del agonismo de los personajes novelescos unamunianos, que redundan en sus propias contradicciones sin perspectiva alguna de solución o vías para ello. Muy al contrario, Martí, y también Pablo, combaten a nivel de la práctica política y a nivel de la labor intelectual creadora. Lógico es que Pablo expresara a Raúl Roa: "Pero la vida es dura —aunque yo sea alegre y fuerte y yo tengo el duro complejo de los recuerdos de infancia y la cruda realidad de hoy, sin horizontes claros por de pronto". (*Cartas Cruzadas*, p. 395) Pero asistió a la vida en términos de un constante batallar humanista, justa es, pues, su afirmación: "Yo asisto a la vida con el hambre y la emoción con que voy al cine. Y ahora Madrid es todo él un cine épico" (*Cartas y Crónicas de España*, p. 88). En su integridad, sentimientos y emociones humanistas se adecuaron a su práctica revolucionaria.

El pensamiento y la práctica revolucionaria de Pablo de la Torriente con respecto a la problemática nacional cubana estuvieron impregnados, como parte del pensamiento latinoamericano de los años veintes y treintas, de una conciencia antimperialista. Su pensamiento antimperialista se fortaleció en su estancia en Estados Unidos. Pudo calar en el estado de vida del pueblo norteamericano: “Y todo un pueblo tan preocupado del tiempo, que el tiempo le pasa por encima sin dejarle nada, que es igual siempre, con un ritmo de ganado en marcha, porque así interesa a los que son «distintos», a los que pueden permitirse el lujo de ser «distintos», ya que obligan a todos los demás a ser tan iguales...”<sup>15</sup> Esta es la condena a la enajenación social que significó en aquellos momentos para las masas populares norteamericanas la pérdida de su identidad humana.

El pensamiento antimperialista de Pablo de la Torriente estuvo enraizado no sólo en su propio contexto epocal, sino también en la tradición nacional cubana, inseparable de lo latinoamericano. Martí, maestro de Pablo, no sólo en su antimperialismo, también supo calar y reflejar en 1885 en el discurso de sus “Escenas norteamericanas”, la enajenación social:

“Siempre por estos meses, en que empieza a cesar la vida exuberante del invierno, y a prepararse la larga vacación de estío, son escasos los sucesos de importancia, para quien no tiene la mente de gacetero de crímenes, que en la quincena actual han sido terribles, y entre gente de cierta pro, como revelando la agonía profunda de un país donde los efectos íntimos no son bastante dulces y sagrados para sobrellevar el peso enorme de esta vida de bestia de hipódromo, apretada y seca, como las fauces del que camina largo tiempo por un desierto en que no hay remanso en que apagar la sed”.<sup>16</sup>

Nótese la semejanza entre uno y otro discurso: la imagen del animal (“ganado en marcha” en el de Pablo; “bestia de hipódromo» en el de Martí). En los dos discursos se da la sensación del caminar como expresión de agotamiento o acto puramente mecánico y ajeno a toda reflexión.

<sup>15</sup> Pablo de la Torriente Brau: *Cartas Cruzadas*, p. 73, Editorial Letras Cubanas, Ciudad de La Habana, 1981.

<sup>16</sup> José Martí: “Escenas norteamericanas”, en *Obras Completas*, t. 10, p. 225, Editorial Nacional de Cuba, La Habana, 1963.

Su antimperialismo y su antifascismo encierran otra arista de su pensamiento: el antibelicismo: «De veras que hay que morir para acabar con la guerra», (p. 59) asevera en *Cartas y crónicas de España*. Su novela *Aventuras del soldado desconocido cubano* es otro modelo de tal pensamiento. Su antibelicismo se basa en su humanismo pues para él:

“...así es la guerra de inhumana e insensible. Por eso nadie podrá jamás pintarla bien. Cuando uno se pone a escribir es que, por un momento siquiera, le ha vuelto a uno su capacidad de emocionar el recuerdo. Y ya es falso todo. Ahora yo me explico aquel desencanto de López Rubio, el ingeniero cubano asesinado cuando la lucha contra Machado ante toda la literatura y el cine basado en la guerra europea, cuyos cuatro años vivió intensamente”. (*Cartas y Crónicas de España*, p. 136)

El pensamiento humanista de Martí, en sus connotaciones antimperialistas, anticolonialistas y antibelicistas, se manifestó en su momento en tal posición condenatoria a la guerra. La guerra que Martí organizó en Cuba, téngase presente, fue una guerra necesaria, de liberación nacional, contra el colonialismo español. En 1882, en *La Opinión Nacional* (O.C., t. 14, p. 319) escribió: “Hay un modo de hacer la guerra: favorecer la paz”. Ya en 1892, en el periódico *Patria* puede leerse: “La guerra no ha de ser para el exterminio de los hombres buenos, sino para el triunfo necesario sobre los que se oponen a su dicha”. (O.C., t. I, p. 321) Es, pues, enteramente explicable que Pablo de la Torriente, como también su compatriota Julio Antonio Mella, proyectara escribir un libro sobre José Martí:

“Yo trataría de seguir el pensamiento y la vida del héroe sin odios y explicar, por un análisis honrado y valiente de las circunstancias y de los complejos, sus faltas, sus vacilaciones, sus atisbos geniales, su sentido hondo de proyección hacia el futuro y aquella emoción de sacrificio que habría de convertirlo en una de las más bellas figuras patéticas de la historia. Pero Julio Antonio Mella se equivocaba. Ni en el barco, ni en la prisión se puede escribir ese libro. Ese libro sólo podrá escribirse en el triunfo. Mientras dure el combate, la revolución será insaciable y devoradora de nuestras ideas y nuestros momentos”. (*Cartas Cruzadas*, p. 254)

Ese sacrificar la obra intelectual en aras de la práctica revolucionaria emancipatoria, como es bien conocido, es muy de esen-

cia martiana. No se exagera o se idealiza la figura de Pablo si se afirma que su ejemplo –que dimana de la práctica revolucionaria en relación dialéctica con su pensamiento– es factor y consecuencia de la identidad nacional cubana. Saludable al respecto es reproducir lo que escribió a Francisco Villapol (*Cartas Cruzadas*, 3-12-35):

“Pero, recuerda lo que dijo Martí al referirse a cómo se debían contar las etapas de los pueblos. Si quieres que este «tiempo muerto» sea para ti de absoluto provecho, lee historia de Cuba, instrúyete a fondo en nuestros propios problemas, que son de un hondo interés. Yo siento no tener tiempo para dedicarles más tiempo. Lee a Martí de principio a fin. Ahora ha vuelto a considerarse lo gigantesco de su esfuerzo baldío, ocasionalmente nada más... Ahora se vuelve a considerar su figura extraordinaria y emocionante. Yo te aseguro que si lo lees tu cariño por la tierra nuestra se duplicará. Y, hasta mejorarás moralmente. Aparte de la colección de sus obras, por Quesada, que ha sido ampliada, procura conseguirte el ‘Epistolario’ que publicó Félix Lizaso y el ‘Ideario’, de Isidro Méndez. Yo aprendí a leer en ‘La Edad de Oro’. Consíguesela a Nitza y se hará una ciudadana de América”. (*Cartas Cruzadas*, p. 170)

Martí se constituyó en un modelo desde muchos puntos de vista para los jóvenes revolucionarios cubanos de la generación de Pablo de la Torriente, porque Martí fue el modelo del intelectual integral, comprometido hasta la consecuencia de ofrendar su vida en beneficio de la independencia nacional. Su ética fue trascendente para los jóvenes de los años veintes y treintas que formaron parte de la cultura nacional popular en formación.

Como Martí, vivió Pablo la dureza del exilio en Estados Unidos; como Martí sufrió la dureza de la insuficiencia financiera personal en su batallar patrio. Con razón escribe a su mamá: “Nunca he estado bien económicamente y por eso, alguien quizá algún día, diga que fui mal hijo, mal hermano y mal marido. Pero eso en lo absoluto me importa, porque tengo deberes más altos que éstos y en la disyuntiva no puedo vacilar”. (*Cartas Cruzadas*, p. 151) Y en la misma carta, su firme convicción de la lucha que no admite la imposición del sentimiento de frustración: “Tu pesimismo es muy cómico. Es el cómodo pesimismo de los que no luchan”. (p. 151) Es la confesión honesta y crítica a la vez del poema martiano “Al buen Pedro”, en que aparece

la confesión de la falta de la “monedilla” que reclama el barbero. (O. C., v. 16, p. 140)

Como Martí, Pablo fue un hombre íntegro; como a Martí lo caracterizó la pureza y valentía moral. Por ello escribió en una de sus cartas: “Mis cartas son las actas oficiales de mi pensamiento. No tengo nunca miedo a escribir lo que pienso, ni con vistas al presente ni al futuro, porque mi pensamiento no tiene dos filos ni dos intenciones. Le basta con tener un solo filo bien poderoso y tajante que le brinda la interna y firme convicción de mis actos”. (*Cartas Cruzadas*, p. 226)

Así las cosas, se hace entendible que el humanismo de José Martí fuera para Pablo de la Torriente Brau fuente humanista consciente. Martí fue para Pablo como para la totalidad de los jóvenes revolucionarios de su generación, un modelo integral. Esto se especificó, para los jóvenes de la neocolonia, en su lucha por la consolidación de la identidad latinoamericana y cubana, sobre la base de una definida conciencia de dignidad. El joven cubano de los años treinta del siglo xx, integrando la enseñanza emanada del patriota cubano a lo más progresista del pensamiento universal supo, en su momento, estar a la altura de las exigencias políticas, ideológicas, éticas y filosóficas de la lucha contra la dictadura nacional y contra el neocolonialismo. Como José Martí puso en función de las exigencias de su momento su práctica política en unión de su labor creadora intelectual. Si José Martí llegó a la radicalización del humanismo hasta el punto de un pensamiento democrático revolucionario, Pablo llegó a la radicalización del marxismo. Uno y otro murieron en el campo de batalla, uno contra el colonialismo, el otro contra el fascismo. Si Martí adecuó el estilo modernista a su compromiso político, Pablo supo adecuar, en su momento, el estilo de la vanguardia artística y el discurso popular a su compromiso político en un discurso pleno de cubanía.